

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año IV ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 165

Páginas Ilustradas

El día celebrado con la Directiva del Ateneo de Costa Rica, este ese culto é importante centro, llamado á promover el desarrollo intelectual del país, un número de cada mes, cuya edición vendrá á ser el órgano oficial de la asociación mencionada.

Cada número de *Páginas Ilustradas* correspondiente al Ateneo, contendrá de 40 á 50 páginas. El primero aparecerá el 12 de octubre entrante, aniversario del descubrimiento de América.

La Directiva tuvo á bien nombrar una comisión directora, que se compone de los siguientes socios:

Ricardo Fernández Guardia,

Luis Torres Acevedo,

J. Fidel Tristán,

Joaquín García Monge y

Agustín Luján.

Este arreglo es doblemente satisfactorio para mí, pues, como miembro que soy del Ateneo de Costa Rica, me complaceo íntimamente en servir á esa simpática institución, en cuanto me es posible, bien poco por cierto; y como propietario y director de *Páginas Ilustradas*, bien se me alcanza cuánto ganarán desde ahora los favorecedores de mi humilde Revista con la colaboración que tal arreglo le trae. Tanto ellos como yo estamos, pues, de plácemes.

Próspero Calderón

En la campiña

En un mar de arreboles el gran rubí se apaga,
los campesinos tornan alegres de la vega
y en la arista del monte un haz de lumbre vaga
como un himno de sangre de fraticida brega.

Un zig-zag de topacio con fulgencias de daga
en las penumbras vibra; y silenciosa llega
la virgen de las sombras, la soñolienta maga,
y sus jacintos jaldes en el espacio riega.

Su rudo monocordio no pulsa la cigarra,
ni en el jaral simula la brisa dulces ruegos,
ni el ave sus querellas en la campiña narra.

Los relámpagos cruzan como crótalos ciegos
y un floreo de antaño masculla una guitarra
en una vieja choza de felices labriegos.

Lisimaco Chavarria

San José, setiembre de 1907



Dulce poesía

Para Páginas Ilustradas

Es el lugar agreste y solitario,
agoniza la tarde en el poniente,
se escucha la quejumbre de una fuente,
y allá lejos, la voz de un campanario.

Un jilguero, cual un extradivario,
va lacrimando un cántico doliente,
y las flores sahuman el ambiente,
colgando de los juncos su incensario.

Gime el alma al recuerdo de los muertos,
tan amados y amantes en su día,
y que se fueron pálidos y yertos.

Y por los claros de la selva umbría,
los ojos ven, sonámbulos despiertos,
cruzar tu sombra, dulce Poesía!

Félix Mata Valle

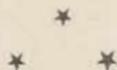
Sesión del Ateneo

El Ateneo de Costa Rica, que ahora comienza sus importantes labores, se reunió en la noche del 25 para recibir en calidad de socios á la señora doña Julieta P. de Mc Grigor y al señor don Luis Matamoros. A este último, sin embargo, no le fué posible presentarse, porque ese mismo día se vió obligado á trasladarse al Limón, á donde lo llamaban con urgencia sus deberes de Director General de Obras Públicas. El señor Matamoros será recibido el jueves de la semana entrante, en la misma sesión destinada á recibir al nuevo socio señor don Guillermo Echeverría.

La reunión del pasado miércoles tiene el valor de un triunfo para el naciente Ateneo, tanto por lo numeroso de la concurrencia, en la cual ocupaban no pocos lugares señoras y señoritas, cuanto por el trabajo por la señora Mc Grigor leído para ingresar, según disposición reglamentaria, en el centro á que ella ha llevado con su distinguida personalidad el brillo de la inteligencia femenina y la gracia de la mujer.

La elucubración de la señora Mc Grigor, en que resplandece toda la delicadeza de su alma inspirada y vibrante, es un hermoso alegato en favor del sexo femenino, cuyos fueros intelectuales ella corroboró con los más brillantes testimonios de la historia. Pero el toque más simpático de su discurso fué aquel en que hizo cariñoso y cordial llamamiento á la inteligencia de la mujer costarricense, capaz no sólo de brillar por sus virtudes, como hasta aquí, sino también por el tesoro aun no conocido de su intelecto.

La concurrencia toda quedó muy bien impresionada con el discreto trabajo de la conferenciante, que recibió vivos aplausos de todos, las felicitaciones de sus colegas y los agradecimientos de las damas allí presentes. El Ateneo de Costa Rica comienza sus labores con buena sombra.



Don Víctor Sánchez Ocaña

Agente Confidencial del Gobierno de Guatemala

El señor don Víctor Sánchez Ocaña, cuyo retrato tenemos el gusto de publicar en el presente número de *Páginas Ilustradas*, no es en Centro América una personalidad de esas que pertenecen á la gran masa anónima; al contrario, ella sobresale sobre el pedestal de sus propios méritos aun entre el grupo de aquéllos que lo gran hacerse visibles.

El señor Sánchez Ocaña tiene hoy unos cincuenta años y nació en la floreciente ciudad de Quezaltenango,—emporio de la riqueza guatemalteca en el extremo Occidente de la República. Hizo sus estudios en su ciudad natal, en la ciudad de Guatemala y en Europa, donde los terminó. Es gran conocedor de Francia y de España.

Visitó Costa Rica por primera vez en 1881, tiempo desde el cual siente cariñosa predilección por este país. Ha visitado también el resto de Centro América, así como la Gran República del Norte y México, donde sirvió á su patria como primer



Don Víctor Sánchez Ocaña

Fot. Rudd

Secretario de la Legación allí acreditada en 1894 y 1895,—época en que las relaciones entre las dos repúblicas limítrofes estuvieron muy tirantes.

En su país, el señor Sánchez Ocaña ha prestado muy valiosos servicios á la enseñanza, ramo en el cual fué profesor del Instituto Central, de la Escuela Normal Central de Varones y de la Escuela Politécnica, viniendo á ser más tarde, por razón de su competencia y de su pericia, director del primero de los planteles de enseñanza mencionados.

Ha regentado la oficina de Estadística General de la República, época en la cual publicó la interesante obra que lleva por título *Demarcación Po-*

lítica de la República de Guatemala y el segundo censo general de aquel país.

Ha sido por largos años Director General de Correos, y actualmente ocupa un puesto de representante en la Cámara de Diputados,—cargo importante que el señor Sánchez Ocaña ha servido más de una vez, siempre con lucimiento y tesón patriótico.

El señor Sánchez Ocaña es un caballero de inteligencia, de ilustración y de maneras muy cultas. Su trato es muy ameno y su afabilidad se gana bien pronto la simpatía de las personas con quienes entra en relaciones políticas ó sociales. En la sociedad josefina ha recibido no pocas pruebas del aprecio que sabe inspirar. Tal es el distinguido

guatemalteco que hace días se halla entre nosotros como Agente Confidencial del señor Licenciado Estrada Cabrera, Presidente de Guatemala, ante el señor González Víquez, nuestro eximio Presidente.



Señora María B. de Sánchez

Fot. Eichemberguer.-Guatemala



Niña Josefina Sánchez y niño José Víctor Sánchez

Fot. Eichemberguer.-Guatemala

Un retrato

El recuerdo que me das,
es el recuerdo más grato,
cuatro palabras, no más:
que nunca me olvidarás,
y tu precioso retrato.

Cuando tu oferta lei
mis labios te bendijeron:
mas, cuando tu imagen ví,
dos lágrimas tradujeron
lo que en el alma sentí.

De placer mi alma enajena
ver tu frente que de enojos
y dolor se ostenta ajena:
ver esa lumbré serena
en que me miran tus ojos.

Mas un soplo repentino
viene á extinguir mi ilusión:
que bien pronto peregrino
hollará mi pié el camino
de otra apartada región.

¿Después? . . . ¡Ay! el porvenir
es misterioso secreto;
¿qué mortal podrá inquirir
lo que acertara á escribir
Dios en su oculto decreto?

Ojalá de la existencia
disfrutes tú en dulce calma,
con la virtud por herencia,
rica la mente de ciencia,
libre de duelos el alma.

Victor Sánchez Ocaña

Lo que yo amo

Para Páginas Ilustradas

A las niñas melancólicas de espíritus diáfanos, á través de los cuales se ve la complicada filigrana de sus nervios vibrantes de neurosis y sonoros de pasión. Las amo, porque llevan en las pupilas un brillo de videncia, como Juana de Arco, y porque saben del amor fanático!....

Amo á Dios, porque dió el azul á los cielos, la seda á la aurora, la paleta á los celajes, la guzla á los pájaros, el cristal al río, la esmeralda á la Primavera, el rojo al ocaso y la sombra á la noche. Y sobre todo, lo amo, porque es el depositario de la memoria de mi madre!....

Amo los crepúsculos por lo que tienen de inconscientes en sus tristezas pensativas, por lo que tienen de grises, y porque parecen una estrofa—color de ajeno—del complejo poeta que se llamó Mallarmé!

Amo la curva, porque viene desde lo Infinito; porque envuelve á la tierra; porque modela las caderas sagradas y porque está en las ánforas, en los cálices, en las monedas, en los cometas, en la Luna y en las hostias con que comulga mi amada.

Amo el oro, porque lo aman las mujeres, porque es el padre de las joyas, porque brilla como el sol, porque es brocado y custodia y porque se transforma en cabellera de las rubias señoritas del Norte....Lo amo, porque no lo tengo!

Amo los labios, porque saben sonreír, porque saben ofender, porque son el estuche del beso y el panal de la Coquetaría.... Porque saben decir que sí, porque tienen el instinto perverso de engañar!.....

Amo las cosas enigmáticas y los signos cabalísticos: amo el arcano, el sortilegio, el conjuro, la nigromancia y el gesto supremo de la Esfinge angusta.

Amo el perfume, porque duerme en las flores; porque se vuelve incienso, porque se derrama—olor de cantárida—en las alcobas tibias; porque embriaga en las fiestas, y porque nace en el divino Japón y se refina en el exquisito alambique de París!.....

Amo el color, porque fué esclavo sublime de Rafael y ángel místico del Tiziano; porque está en los claveles, las rosas y los lirios; porque está en los ojos de las mujeres que simbolizan las razas, y porque



Juan R. Avilés

Distinguido escritor nicaragüense

se cristaliza en las gemas incomparables de los topacios, rubíes, zafiros y esmeraldas, en las turquesas y en los ópalos!.....

Amo el sonido, porque brotó como una yema melodiosa de la agreste caña lírica de Pan; porque tiembla en los bronces de campanas y clarines y vibra en el metal de los oboes; porque se refugia en el coraje de las harpas sonoras; porque es la voz de los ruiseñores y el tesoro admirable de los pianos sinfónicos!

Amo el mármol, apoteosis del cincel, porque sus bloques son urnas donde la naturaleza guarda los prodigios estatuarios y las obras maestras de la belleza humana, vista tras el cristal del genio en los momentos luminosos del Arte esplendente y diamantino!

Amo el porte ducal y el escudo que blasona las estirpes; amo la época suntuosa de la vieja España caballeresca y la noble aristocracia que floreció en Atenas; amo el brillo de las cortes y el boato de las regias basílicas que enorgullecer á la altiva Roma. ¡Soy acaso un Príncipe que viaja de incógnito por el reino de la Vida! . . .

Amo todo lo intangible, como la Esperanza, como la Ilusión, como el Amor, como la Mentira!

Amo la Tradición, porque habita en los viejos y solitarios castillos medioevales—palacios de Leyendas—en que se incuba todo lo maravilloso como el Infierno, y de cuyos talleres increíbles salen los silfos, las náyades, las ninfas, las hadas y los genios de los cuentos infantiles!

Amo las cosas frágiles como los cristales de Bohemia y la virtud de las doncellas..... Así como me encantan las cosas sutiles: el humo del incienso, las esencias de Rigaud y el eterno *odor di femina!*.....

Amo todo lo que está lejos, como la Infancia, como la Persia, como el Cielo, como los astros, el azul de las montañas, las fajas de los iris y las nieves del Polo!.....

Amo la locura, porque fué la amada de Maupassant y la esposa de Nietzsche; amo el alcohol, porque inspiró á Edgard Allan; amo el suicidio, porque fué el redentor de Asunción Silva; amo la Tisis, porque fué la postrera novia de Chopin.....

Amo las cosas macabras y los gestos funerarios, las sepulturas y las lápidas, las cruces y los cipreses, las mortajas y las calaveras!.....

Amo el vicio, porque me lleva hacia el pecado; amo el pecado, porque me conduce al Arrepentimiento; al Arrepentimiento, porque es la estrella que guía hacia el Perdón, y al Perdón porque lo da Dios

Y sobre todas las cosas: amo el Placer, porque me lleva hacia el país sereno de la muerte!.....

Managua, Nicaragua—1907.

Juan R. Avilés

Almas de pasión

Poema psicológico. —Por Julieta P. de Mc. Grigor. —San José. C. R. —Imprenta de Avelino Alsina. —1907. —Con ingenua modestia dice de su obra la ilustrada señora de Mc. Grigor que más que un libro, es un bosquejo con todos los defectos del principiante que aspira al arte, pero que no puede llegar á la forma perfecta, por falta de costumbre. Se trata, pues, de un ensayo en que el fino juicio de una mujer inteligente estudia un alma femenina perturbada por los impulsos de un temperamento ardiente, por ideales aspiraciones de felicidad y una concepción errónea de la vida. Almas semejantes ó se pliegan ante los prosaísmos de la realidad terrena ó sucumben en la lucha que empeñan contra el desconcierto de sentimientos ajenos, de rastrero volar y rudo egoísmo. Son seres predestinados al martirio y al dolor, que llevan en sí mismos el filtro de la pasión que les envenena la vida. El trabajo de la escritora costarricense cuenta entre sus prendas la de ser obra de análisis donde estudia sucesos que se desenvuelven en una conciencia femenina, en que lo imaginativo vela con las abigarradas gasas del ensueño enfermizo la visión de lo externo material. ¿Cómo ha llevado á cabo la inteligente señora de Mc. Grigor su labor de análisis y de exposición? Con discreta sobriedad en cuanto á lo pasional, con frase viva en los detalles, con calor en el estilo, con escaso brillo y movimiento en el lenguaje, con acierto, propiedad y galanura en el conjunto. Su Beatriz no es un espíritu del todo equilibrado. ¿Por qué el recuerdo del primer amor «la ata á un muerto con la majestad de un deber terrible dictado por el remordimiento de su conciencia», cuando tal remordimiento es vano escrúpulo, preocupación apenas concebible, para quien, como ella, sabe que su novio sucumbió á la ruptura de una aneurisma y que, además, nadie puede acusarla ni siquiera de haber soñado con esa desgracia? Como mujer supersticiosa, rechaza la proposición de matrimonio que le insinúa Mauricio, su segundo adorador, pero luego, empujada por su pasión y su idealismo, no exentos de la sombra sensual, cae, sin que por lo pronto tema contaminar su amor con el deleite, generador del tedio y del cansancio, mensajero de la desilusión y la tristeza. Sin embargo, exigir cordura á la pasión es insensatez; y en el presente caso sería derribar el pedestal en que descansa toda la obra. En vano lucha Beatriz para revivir la pasión muerta en el pecho de Mauricio, estropeada por el sufrimiento y herida en el alma por la desesperanza; en vano agota para lograrlo las lágrimas de sus hermosos ojos, las suplicantes caricias de su ternura femenina. Y entonces, dulcemente, se irguió con dignidad en la desolación de su infortunio, y, como una rosa blanca tronchada por el cierzo helado, cayó sobre la nieve que la cubrió con el sudario de la muerte. ALMAS DE PASIÓN es bella promesa que nos hace esperar nuevas creaciones de la distinguida escritora Julieta de Mc. Grigor. Sabe sentir y pensar, dos condiciones que la harán triunfar en el campo de la novela psicológica; posee rica imaginación y habilidad y arte para comunicar al lector la sensación que agita el alma de sus personajes.

Pedro Montesinos

El Tocuyo, Venezuela, agosto de 1907.

Las ideas que tenía sobre la inmortalidad de la materia y su incredulidad por una fuerza creadora replegada en algo inmaterial, hicieron que se tachara de irreverente á aquel anciano.

Lo creían desprovisto de sentimientos; para todos era el hombre que odiaba á los hombres y que,—para hacerlos infelices—les inculcaba aversiones, odios y dudas.

Aquella tarde, sentado en un sillón de la barbería, esperaba su turno para arreglarse. Había escuchado con atención á dos limpiabotas que desataban su cólera contra un italianito, quien en busca de trabajo había entrado en la barbería diciendo con su vocecita delgada: *¿se lo limpio lo zapato?* Lo querían echar del establecimiento porque—según ellos explicaban—les iba á hacer la competencia en su mismo dominio.

El anciano, abandonando su asiento, se dirigió á los dos limpiabotas y les dijo con una voz cadenciosa que expresaba sus sentimientos de verdadero cristianismo:

—¿Por qué arrojáis del establecimiento á ese desgraciado que, como vosotros, busca el medio de vivir trabajando? Amiguitos, no sabéis siquiera las circunstancias que lo obligaron á abandonar el cielo purísimo de la ciudad que lo vio nacer, Génova; no sabéis qué dolorosos pensamientos agitan su alma infantil..... La religión que se os enseña dice que ese chicuelo es vuestro hermano..... pues bien, queredlo como un hermano más pequeño, más débil, puesto que no goza como vosotros, del consuelo de las caricias paternas. ¿No véis cómo en sus ojos se refleja la tristeza, no escucháis cómo vibra su voz con una ternura indecible al ofrecer sus servicios á todos aquellos que llevan sus zapatos sin brillo? Cada respuesta negativa es, para él, una frase que le hiere; no se le permite que gane honradamente lo que ha de comer. Acordaos, él no tiene como tenéis vosotros, quien vele por su alimentación.

¿Por qué lo odiáis? Porque viene de lejos á arrebatáros el pan de cada día? Debéis pensar en el porvenir; mañana, cuando el huracán de la desgracia amenace vuestra solitaria barquilla, encontraréis el premio de las buenas acciones que hoy concedéis á los desheredados. No le llaméis extranjero, esa palabra no debe escucharse en los labios de una persona que sabe cumplir con los deberes que le imponen sus sentimientos elevados, todos, todos, somos hijos de una misma patria, el universo; y no deben existir odios entre individuos que viven agobiados por la autoridad de dos jefes distintos impuestos por el egoísmo de los hombres.

No expulséis de vuestro lado á ese pobre genovés, tendedle los brazos, proporcionadle trabajo, haced que con vuestra amistad cariñosa, sienta menos dolorosa la separación de sus padres y la ausencia de aquellos sitios queridos hacia donde lo llevarán amenudo sus recuerdos. Haced de ese desgraciado vuestro amigo, porque los amigos mejores son los desgraciados.....

Conmovidos con aquellas palabras los dos limpiabotas olvidaron su cólera contra el italianito y enseguida, cuando uno de los clientes de la barbería pidió que le limpiaran su calzado, ambos muchachos, recordando las palabras que acababan de oír, cedieron aquella ocasión de trabajo al joven peregrino en cuyos ojos brillaban dos lágrimas de agradecimiento.

José Fabio Garnier



Publicamos en este lugar el retrato del celebrado músico escandinavo Edmundo Kage mp Grieg, cuyo reciente fallecimiento ha lamentado todo el mundo musical.



Diamantes

Murió sin una lágrima en los ojos,
y era joven, muy bella y muy sensible,
y cuando iba á expirar, sus labios rojos
murmuraron: "¡Me mata un imposible!"

El llanto que faltó en esa agonía
quedó tras sus pupilas, sin embargo,
y los gusanos de la tumba fría
no lo bebieron. ¡Era tan amargo!

Más tarde, y al abrir la sepultura
que del ángel guardó el pesar postrero,
del cráneo yerto entre la cuenca oscura
un diamante encontró el sepulturero.

Y desde entonces pienso entristecido
al contemplar las joyas más preciadas:
—¡Cuantos de esos diamantes habrán sido
lágrimas congeladas!

F. Rivas Frade

Esta es la frase consagrada por el uso de los doctos y no *de diestro*, como con tanta frecuencia se oye por ahf, apesar de que en los autores clásicos no es del todo desconocida, como nos lo comunica nuestro erudito amigo doctor Lisandro Alvarado, que la encuentra en López de Gómara, *Conquista de Méjico*, empleada constantemente con preferencia á la otra, *del diestro*. Sea como fuere, esta forma es la más usada, como vamos á demostrarlo con testimonios respetables:

«Fuf á mi desdichado macho y llevándolo *del diestro* lo más poco á poco que pude, fuf considerando (Vicente Espinel, *Marcos Obregón*.) Ya enzarzado en lo más espeso y fragoso del monte, llevando *del diestro* la caballería por entre sendas casi impracticables anduve vagando al azar un buen espacio de tarde . . . En piadosa procesión, conduciendo los caballos *del diestro* é iluminándola con el rojizo resplandor de las teas, llevaron consigo la milagrosa imagen hasta Borja. (*Bécquer, Obras, t. II, pp. 282 y 350.*) Los dos mozos de cuadra llevan *del diestro* á los caballos.» (E. Pardo Bazán, traducción de *Los hermanos Zenganno*.)

Pero no todos los hombres
se dejan llevar *del diestro*.

(Francisco Flores Araenas, *Coquetismo y Presunción*.)

Cuatro mil son los infantes,
y tres mil los que ijadean
buscando paso *del diestro*
á sus caballos de guerra.

(José Velarde, *Ponces y Guzmanes*)

Restauradas sentí mis fuerzas todas,
y oprimiendo los lomos de un caballo,
què Nuño á pie *del diestro* dirigía
á un castillo partimos inmediato.

(Angel Saavedra, *El Moro Expós, rom. III*.)

Y que oyeron contar cómo el tordillo
se huyó, volviendo del beber, por culpa
del mozo que *del diestro* le traía.

(Id., *Ib., rom. XI*.)

Y precediéndoles cuatro caballos que, desuncidos, llevaban *del diestro* los señores doctores Luciano Arocha, Medina, Guánchez y Aquilino Ponce, discípulos del sabio. (Jesús M. Morales Marcano, *Apoteosis de Vargas, Introduc., p. XVII*.) Salió primero don Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que *del diestro* los tenfan En esto estaban, cuando se descubrió don Antonio de Isunza, que fué conocido de don Juan en el cuartago desde algo lejos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de don Juan y de Lorenzo, que los mozos tenfan *del diestro* y acullá desviados. (Cervantes, *La señora Cornelia*.) En las Disquisiciones mágicas del Padre Delrfo, se lee la historia de un

caballero alemán, al que en las orillas del Rhin se apareció un muerto que había sido cocinero suyo, y le ofreció un caballo que llevaba *del diestro*, en el cual fué el caballero y volvió en veinte y cuatro horas de Jerusalén. (Clemencín, *Comentario*, t. V, p. 331^a.) El se precipitó al río con la lanza en la boca y lo cruzó á nado, trayendo su caballo *del diestro*. (Rafael Sevilla, *Memorias de un Militar* p. 104.)

Véase ahora ejemplo de la forma *de diestro*, en que falta el artículo.

«Luego entró un otro con un gran caballo *de diestro*, sin freno, y muy bravo y feroz, y demandándole qué quería. (*Carta de D. Martín Salinas*, Secret. del Emp. Carlos V al Tesorero Salamanca. En *Razón y Fe*, junio de 1905.) Entraron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que servía de entrada, que eran seis; pero estos que entraron delante *de diestro*, venían en dos hileras de los dos puestos contrarios.» (Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, pte. 1^a, lib. 1^o, cap. VIII.)

El Tocuyo - Venezuela.

Pedro Montesinos

Visión

Para Páginas Ilustradas

De la ciudad bulliciosa y alegre, viniste al puerto monótono y feo, y perfumaste su ambiente con tus rosas y diste fulgores á su cielo con la luz del cielo de tus ojos.

El amor te trajo á este sitio abominable donde, negro pájaro fatídico, el hastío aletea en los corazones, y la juventud, como una virgen anémica, languidece sin flores y sin sueños. El amor guió tus plantas de hada á este sitio abominable. Viniste á ver al bienamado al que mañana lucirá en su escudo, como su mejor blasón, tu nombre de princesa, tu nombre suave como un perfume y dulce como un beso. Aquí plantó él su tienda por breves días, y viniste á traerle, como presente del cielo, tus sonrisas de amor y á dejar—dulce miel hiblea—tus besos de amor sobre sus labios.....

Tu ingenua alegría de vivir, puso toques de luz en mi tristeza. Yo te veía pasar todas las tardes, acompañada de una rubia del Norte, tú la morena del trópico, con la luz del trópico en tus ojos, y pensaba al verte que la vida sería buena con un corazón como el tuyo, en que trina el ave de la esperanza dulcemente, con un corazón de virgen como el tuyo, al lado de los corazones tristes, cubiertos por las sombras de una eterna noche.

Ayer temprano, acompañada del príncipe de tus sueños, abandonaste el puerto monótono y triste, rumbo á tu ciudad bulliciosa, á tu palacio de hada encantada. Pude verte partir, en el tren que se alejaba ostentando orgulloso su penacho de humo, mientras los pañuelos que daban el último adiós parecían palomas blancas que sacudían las alas.

Yo había ido al tren con un fabricante de tabacos llegado de muy lejos y que iba como tú á la ciudad bulliciosa. Él iba á buscar mercado para su producto, á dar el veneno lento de su nicotina á muchos seres. Tú ibas, criminal inconsciente, á envenenar corazones con la frescura adorable de tu juventud y con la armonía deliciosa de tus líneas.

Cuando tu última mirada me envolvió como un manto de dulce piedad, creí comprender que tú adivinabas que yo te había amado en silencio algunos días.

David M. Chumaceiro

Los dramas de Monte Carlo

El gran centro del juego en el mundo

¿Son efectivas las historias de suicidios que se cuentan en Monte-Carlo? ¿Es efectivo que hay jugadores que abandonando los salones del juego, salen á dispararse un tiro á la sombra de los árboles?

Sí, son ciertas, desgraciadamente, esas historias. Este paraíso suele ensangrentarse con la sangre de muchos infortunados. Las flores de estos jardines deliciosos han sentido caer sobre sus pétalos la sangre tibia de un hombre que se ha destapado los sesos.

Sólo que nadie sabe aquí, quiénes son esos desesperados. La prensa "monesgasque" tiene prohibición estricta de dar cuenta de la tragedias que ocurren en el territorio de Mónaco, y se dice que gran parte de la prensa europea recibe las influencias de la sociedad dueña del Casino, para no ocuparse de estas cosas.

El rumor de un suicidio surge poco á poco, se eleva como un humo trágico y corre cauteloso entre los jugadores. De ahí no sale, de ahí no pasa. Se detiene ante la inderencia glacial de los hombres enloquecidos por la pasión dominante del juego. Algunos tiemblan al oír la nueva; pero la ambición les lleva de nuevo al rededor de las mesas. ¿No están todos convencidos de que van á ganar?

Ronda trágica debe ser á veces la que hacen los cuidadores del jardín de Armida todas las mañanas. ¿En cuántas ocasiones hbrán encontrado un muerto sobre sus flores? ¿En cuántas ocasiones sus manos han arreglado de nuevo los pétalos de un pensamiento arrugado por la caída de un cuerpo hundido sobre ellos?

A esos muertos se les recoge en silencio, se les lleva á algún sitio triste y oscuro, y allí la policía averigua quiénes son, registrando sus papeles y después se les entierra. Sobre esos cadáveres pasa después la turbamulta apresurada y violenta de los jugadores.

Esos hombres tienen una familia, son el hijo querido, el padre idolatrado de un hogar; son el hermano, el novio, el amigo de una mujer. Son algo. Sobre la tierra hay alguien que los ama, que los espera, que los llama, que mira acaso las estrellas pensando en ellos. Partieron un día llenos de ilusiones á conquistar la fortuna. Un momento de desesperación, unas cuantas horas de locura, han bastado para que, desesperados, se salten el cerebro. Detrás de ellos han quedado muchas lágrimas. Muchas pobres lágrimas que nadie verá, en las cuales nadie pensará.

Recorriendo anoche los salones, me detuve ante un grupo de hombres que conversaban. ¿Hablaban de qué? De estas tristes historias. Uno de ellos había tropezado con un cadáver al retirarse, la noche antes, á su domicilio. Contaba la historia con sangre fría. Alguien agregó al final:

—Es el tercer muerto de estos días. ¡Pobre gente!

Sí, pobre gente.

El grupo se disolvió en silencio. Me quedé mirando ese desbande, y pensé en si algunos de sus fraques se iría á manchar de sangre próxima-

mente. ¿Eran esos hombres candidatos al suicidio? No lo sé. Les veo á cada instante arrojar billetes de mil francos al rojo y al negro. ¿Quién dice que un día no caerán fulminados?

Monte-Carlo es bello, es alegre, es ideal, pero tiene estas sombras. Estas son el reverso lamentable de tantas alegrías.

Nadie ha escrito, á lo que creo, una historia de las desdichas que por aquí han pasado. Será acaso porque el placer flota sobre ellas y las ahoga, las sofoca con la violencia de su resplandor y de su empuje.

Pero va por aquí cada tristeza que hace llorar.

Me detengo cada mañana, antes de salir, á conversar con mi hotelero, hombre que vive aquí desde hace muchos años.

¿Cuántas cosas he oído de sus labios? Apuntadas están en un *car-net*, y acaso sirvan en el futuro para llenar las páginas de una novela.

Cuéntame ese hombre, que un día llegó aquí un matrimonio sueco. El era un ingeniero distinguido. Ella una dama de excelente familia. Acababan de casarse, y se detuvieron en Monte-Carlo para pasar su luna de miel. Traían algunos ahorros, unos treinta mil francos que el ingeniero había trabajosamente reunido en el curso de su carrera.

Estando aquí, naturalmente sintieron la necesidad, el deseo de tentar la fortuna. Fueron al Casino, arrojaron "un louis" á las ruletas, y perdieron. Pero volvieron, y en el treinta y cuarenta la suerte les sonrió. Les sonrió en tal forma que al día antes de partir de Monte-Carlo, habían ganado treinta mil francos.

Entonces les poseyó el demonio de la tentación, y se quedaron. Los sesenta mil francos que ahora tenían podían convertirse en cien mil, en medio millón, en un millón acaso. Era la vida asegurada, más que eso, la dicha atrapada. Con esa plata construirían una "villa" en Cannes, y con el resto se irían á viajar por el mundo.

Mas, apenas resolvieron quedarse, la fortuna, que hasta entonces les había parecido una agua corriente, por la cual la barca de sus ilusiones se deslizaba á toda vela, cambió de aspecto. Hubiérase dicho que les colocaba frente á una agua mansa, profunda, amenazante.

Y comenzaron á perder. En pocos días los sesenta mil francos quedaron reducidos á los treinta mil primitivos, y éstos mismos fueron disminuyendo, hasta que llegó la hora en que el último "louis" cayó en el rojo. Se lo tragó la suerte como, todos los demás, y el matrimonio quedó sin un franco.

Esta vida vibrante, plena de sensaciones de juego, había extinguido, había hecho casi olvidar el fuego de sus amores. No pensaban más que en este azar, que les mostraba un día su buen gesto y otro su amenaza.

Una mañana la esposa se despertó sin encontrar á su lado á su marido.

Espantada preguntó por él y todo fué en vano. Nadie supo dar noticia de su paradero.

Sola, abandonada, sin dinero, debiendo una gran suma en el hotel, aquella mujer cayó en una terrible desesperación. Pasaron algunos meses y no recibió noticias de su compañero. No sabía si era viuda ó casada. Entre tanto debió luchar con la vida. Poseída por el demonio del juego, hizo

un último sacrificio y perdió. Perdió aún. Y entonces vinieron para ella días de locura. . . .

Pasaron dos años, y una mañana se aparece en su cuarto un hombre. Era su marido.

Vengo á buscarte, le dijo. Después de huir de aquí, he trabajado empeñosamente y he restaurado lo que teníamos. Es preciso perdonarnos mutuamente y partir.

La pobre mujer, fundida en lágrimas, se levantó de su lecho, y corrió hacia una cuna, y tomando entre sus manos una criatura gritó:

—No podemos partir. Hay entre nosotros dos algo que nos separa. Este ángel tiene un año de edad. . . .

El villano se abalanzó sobre ella y la abofeteó. En seguida partió para no volver.

Como esta historia hay muchas en Monte-Carlo. Sobre ellas pasa el silencio. Apenas si un hotelero tiene el valor de contarlas á sus huéspedes, á la hora del café.

A menudo veo pararse de las mesas de juego, individuos que han perdido cien, doscientos mil francos. Llegaron á su asiento con un pequeño paquete de doscientos billetes azules y se retiran sin ninguno. No se ve en sus rostros un solo gesto de desesperación. En Monte-Carlo, nadie, ni el más nervioso de los jugadores, deja entrever sus sensaciones de juego.

Al verles partir, me pregunto:

“¿Ese hombre se va á matar? ¿Le van á encontrar mañana derribado sobre un banco ó al pie de una palmera?”

Muchos de esos hombres van simplemente á tomar el tren. Parten, llegan á su casa y se ponen á la tarea de recomponer su fortuna. La vida se muestra siempre grata con los seres que quieren ganar el dinero por medio del trabajo. Al cabo de cierto tiempo su bienestar está rehecho. Estos hombres son juiciosos, son valientes, no tienen la cobardía de renunciar á la esperanza. Tienen la presunción de que los días, los años, ablandan los dolores, consuelan las desesperaciones y se entregan confiados al tiempo.

Otros van á materse. Son los que con el último “louis” perdieron la razón. Si hubieran conservado un resto de juicio y de valor habrían aguardado el consuelo, el reparo de la vida. Habrían visto acaso nuevos días felices, habrían llegado á la dicha que soñaban buscando nuevos senderos. Habrían sido honrados y buenos ciudadanos del país del trabajo. Habrían ahorrado á los suyos muchas lágrimas y muchos dolores.

Entre tanto, su gesto airado no ha vengado su desdicha. Nadie se ha estremecido ante él. Sobre su cabeza destrozada siguen flotando las ambiciones ciegas de los hombres. Sobre su sangre seguirán pasando las mismas brisas, los mismos rumores de música, las mismas carcajadas de los mundanos. Y todo ha cambiado. En todas las almas la velleidosa ambición seguirá entonando su infinita, su eterna y engañosa canción de oro.

Mont-Calm